

## **75 ANIVERSARIO DE LA DEDICACIÓN DE SANTA MARÍA DE LA BAÑEZA Parroquia de Santa María de La Bañeza**

Tal día como hoy, hace 75 años, el obispo asturicense D. Jesús Mérida, respondiendo a la invitación que le había dirigido el párroco, el Venerable D. Ángel Riesco, desarrollaba la larga ceremonia de dedicación de este templo al Señor, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción. Lo hacía después de dar tres vueltas penitenciales al mismo y gritar con el salmista: <<Portones, alzad los dinteles, que se abran las antiguas compuertas; va a entrar el rey de la gloria>>.

Desde que había llegado a La Bañeza como coadjutor, 19 años antes y, en coherencia con el lema “todo para Dios”, D. Ángel había abrigado en su mente la idea de dedicarle la ciudad y, sobre todo, su corazón: la iglesia de Santa María. Todos sus desvelos se orientaron en este sentido; por eso, cuando en el 1944 fue nombrado párroco, organizó distintas actividades pastorales, entre ellas, unas misiones cuaresmales y realizó también varias mejoras materiales como, por ejemplo, la instalación de un nuevo altar de mármol blanco.

La magnitud de aquel evento no debe ocultar otro también significativo: mañana se cumplirán 50 años de la consagración del nuevo altar por parte del obispo Mons. Antonio Briva Miravent, después de la reforma del presbiterio de acuerdo con las indicaciones del Concilio Vaticano II en apoyo de la renovación litúrgica.

La dedicación de esta iglesia a Dios, pedida por el Venerable D. Ángel Riesco y realizada por Mons. Jesús Mérida, es la respuesta dada por el hombre a un Dios Padre y amigo que desde siempre se ha mostrado cercano al ser humano, que ha querido dialogar con él, protegerle de los peligros, acompañarle en el camino, hacerle soñar, celebrar en familia el gozo de vivir y de servir. Al fin y al cabo, ¿qué matrimonio, qué padre o madre no busca tener un hogar en el que compartir, acoger a los hijos, educarlos, alimentarlos, solidarizarse con otras familias, disfrutar de la fiesta? La dedicación de este templo es la respuesta del hombre cristiano, de la comunidad cristiana asentada en este territorio, al deseo de Dios de poner su tienda entre nosotros. De este modo, se ha hecho realidad lo que dice el Libro del Apocalipsis: “Esta es la morada de Dios con los hombres: acampará con ellos,...y Dios estará con ellos” (Ap 21,22).

La primera lectura, tomada del primer libro de los Reyes, nos ha transmitido la respuesta del rey Salomón a este sueño divino, una respuesta que se concreta construyendo y dedicando el templo de Jerusalén. Lo hace ante el asombro que le causa el hecho de que el Dios fiel, el Dios que sobrepasa los límites del cielo y de la tierra venga a habitar en él. El rey sabio, además, destaca el uso que va a darse a aquel lugar sagrado: <<Escucha la súplica de tu siervo y de tu pueblo Israel cuando recen en este sitio...>>, le dice al Altísimo en su oración.

El templo de Jerusalén tuvo una importancia decisiva para el pueblo de Israel, de hecho, constituyó y, aún hoy en sus ruinas, sigue constituyendo uno de los pilares fundamentales sobre los que se fundamenta su identidad y su supervivencia. Basta contemplar el rosario interminable de judíos que acude cada día al muro de las lamentaciones para depositar sus oraciones.

La lectura evangélica de San Juan, por su parte, nos narra un episodio muy significativo en la vida de un judío único e irrepetible: Jesús de Nazaret. Cerca ya de la fiesta de la Pascua, subió a Jerusalén y se acercó al templo. Lo que se encontró allí no le gustó nada: habían convertido en un mercado la casa del Padre. Es más, lo habían transformado en un espacio de

abuso y corrupción: aprovechando las ventajas de no tener que transportar los animales para las ofrendas, los ofrecían en venta en las mismas dependencias del templo y, para que el negocio fuera redondo, obligaban a los devotos a comprarlos con las monedas que el mismo templo había acuñado. En el cambio, también la institución ganaba. En definitiva, con su gesto, Jesús no sólo repudió el uso indebido de un lugar sagrado, sino el proceder injusto con los que acudían al templo a orar.

La segunda parte del texto evangélico proclamado es también muy significativa. Cuando Jesús esparce las monedas y vuelca las mesas al tiempo que recrimina a los mercaderes su comportamiento, los presentes le preguntan por qué actúa así. Jesús les contesta: <<Destruid este templo y en tres días lo levantaré>>. Sus compatriotas se quedaron extrañados pensando que se refería al templo material, pero Jesús les hablaba del templo de su cuerpo.

Venimos hablando del templo material, de la casa que el hombre ha preparado para Dios respondiendo a su deseo de encontrarse con sus hijos. El texto evangélico nos presenta otro significado de la palabra: también el cuerpo de Jesús de Nazaret es el templo donde encontrarse con Dios. Ese templo, destruido en la cruz, se ha transformado por la acción del Padre y la fuerza del Espíritu en un templo glorioso. La experiencia de la resurrección llevó a sus discípulos de primera hora a corroborarlo y nosotros, cristianos del siglo XXI, lo creemos también a pesar de las dudas de muchos de nuestros correligionarios.

Finalmente, nos hacemos eco de la segunda lectura. San Pablo, dirigiéndose a los corintios, les dice: <<Sois edificio de Dios>>, puesto que “el Espíritu de Dios habita en vosotros”. Y añade que él ha puesto el cimiento: Jesucristo. El Apóstol, a continuación, llama a la responsabilidad de los cristianos para que se esmeren en la construcción, pues el día del juicio, sacará a la luz la calidad de la misma. Y termina advirtiendo a aquellos que destruyan este templo santo que son ellos mismos.

Queridos hermanos y hermanas: en el 75 Aniversario de la dedicación de esta iglesia, la primera iglesia parroquial dedicada de la Diócesis, puesto que sólo las catedrales suelen dedicarse, damos gracias a Dios porque ha querido ser un vecino más en medio de su pueblo. Y le damos gracias también por aquellos que han respondido a esta voluntad divina y la han puesto en pie, mejorado y conservado hasta el día de hoy. Por nuestra parte, nos comprometemos a seguir cuidándola de modo que permanezca como el hogar saludable al que se acercan los hijos de Dios y de la Iglesia, sobre todo los domingos, para celebrar el Día del Señor; para que el mismo Dios, por medio de los consagrados profetas por el bautismo, siga anunciando la Buena noticia e iluminando nuestros pasos por caminos de vida; por medio de los servidores de la caridad, atienda a los enfermos y necesitados; por medio de los pastores, derrame la gracia sacramental, congregate y dirija a su pueblo hacia la tierra prometida.

Conscientes como San Pablo de que el único cimiento seguro es Jesucristo, edificaremos nuestra Iglesia, presente en esta comunidad parroquial, sobre su persona y mensaje. Lo haremos convirtiéndonos cada día al Señor, tratando de superar la rutina y el ritualismo, haciendo de la Palabra de Dios nuestra luz y guía, desarrollando nuestra capacidad de descubrirle en la vida de cada día, sobre todo, en los necesitados y, en fin, compartiendo lo que somos y tenemos. Lo haremos así mismo poniendo en valor la institución eclesial que, aunque pecadora, es también santa porque, como dice San Pablo, está habitada por el Espíritu de Dios. ¡Lejos de nosotros, pues, menospreciar a la que es madre, nos ha engendrado y alimenta nuestra fe, la celebra con nosotros y para nosotros, y la hace operativa por la caridad!

Es hora de ser Iglesia, es hora de “hacer” Iglesia, una Iglesia fiel al Señor, abierta a los hermanos, misionera, misericordiosa, joven. Pidamos al Señor, por medio de Ntra. Sra. de la Asunción que nos aliente y ayude en esta tarea. Que así sea.

+ Jesús, Obispo de Astorga

